

DOMINGO DE PENTECOSTÉS. EVÁNGELIO SEGÚN SAN JUAN 20, 19-23

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

-«Paz a vosotros.»

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió:

-«Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. »

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

-«Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»

ACOGER EL ESPÍRITU DE DIOS

Con la fiesta de Pentecostés, la fiesta del Espíritu Santo, se culminan las celebraciones del misterio Pascual, del misterio de la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En Pentecostés celebramos a Jesús Resucitado, recordando su admirable resurrección y ascensión al cielo. Y esto lo podemos hacer por obra del Espíritu Santo, que es el Espíritu del Padre y del Hijo.

En este tiempo de Pascua, desde la Resurrección y hasta Pentecostés, se significa de forma continuada el efecto de la resurrección de Jesús, que es el de comunicar su Espíritu. Con Pentecostés, símbolo de perfección, plenitud, cumplimiento, se trata de realzar la presencia viva de Jesús a lo largo de la historia y en todos nosotros.

"*Estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos*", una descripción muy clara de una comunidad que no había experimentado la vivencia del Espíritu de Jesús. Todavía estaban con el desconcierto de la pasión y de la muerte de Jesús. Pasión y muerte que para ellos fue también un escándalo.

Pero cuando se sobreponen al desconcierto, cuando son conscientes de que el tiempo compartido con Jesús no podía ser un sinsentido, cuando reavivan su fe en Jesús y creen definitivamente en Él, es cuando llegan a sentir su presencia, algo vivo y tangible.

Y dice el Evangelio que "*se llenaron de alegría*". Eran sin duda, los "*dones del Espíritu Santo*" lo que percibieron, la alegría, el gozo y la paz que se sienten cuando acogemos a Jesús, cuando creemos de verdad en Él.

Podríamos preguntarnos nosotros también por nuestros miedos. Vivimos acostumbrados a que la violencia sea noticia habitual todos los días. Vivimos acostumbrados al paisaje de pobreza y miseria que observamos cuando caminamos por las calles de nuestros pueblos. Más bien, vivimos huyendo de todo aquello que huele a miseria, necesidad, complicación o conflicto y permanecemos impasibles, anestesiados.

Nosotros también tenemos miedo. Miedo al qué dirán. Miedo a no ser como la mayoría. Miedo porque no veo claro el camino. Y principalmente, miedo a dar un paso al frente en favor de Jesús, miedo a creer en Él, miedo a acogerle como modelo de vida.

¡Como si no tuviéramos la fuerza del Espíritu!

Entonces, ¿por qué despreciar el camino de felicidad que nos propone Jesús? ¿Por qué no vivir y disfrutar, ya, del Reino de Dios?

El Papa Francisco, hombre de profundos principios y fuertemente arraigado en Jesús, dice, refiriéndose a su Iglesia. *“No queremos ser la Iglesia temerosa encerrada en el cenáculo, queremos ser la Iglesia solidaria que se anima a acercarse”*.

Y recalca estas palabras involucrando, sin demoras ni excusas, a toda la feligresía, a ese *“Todos somos Iglesia”*

“Sólo una opción ética convertida en prácticas concretas, con medios eficaces, es capaz de evitar que el hombre sea depredador del hombre: nos referimos a principios como la dignidad de la persona humana, la solidaridad, el amor. Lejos de ser un sentimentalismo común y una mera impulsividad, el amor es una tarea fundamental, sublime e irremplazable que hoy se torna una necesidad para ser propuesta a una sociedad deshumanizada”



Por otro lado, en la sociedad actual se advierte también una cierta inquietud por conocer las causas por las que enfermamos las personas y de manera especial por el incremento de las enfermedades mentales. Y según los estudiosos son, sobre todo, dos los factores que hacen enfermar hoy a muchos: la falta de sentido de la vida y la necesidad de amor.

Es preciso pues, encontrar sentido a la existencia misma de la persona, de forma que se libere a esta de la sensación de vacío, absurdo y frustración. Acoger el Espíritu de Jesús, que nos propone una Vida sin fin y, sobre todo, amar, saberse amado por Dios, sentirse amado por Él y amar al prójimo, al cercano y al necesitado son, sin duda, el camino a seguir.

Del «sentirse amado» por Dios nace la estabilidad interior y la paz: *«puedo confiar, ningún mal es definitivo, nada me puede destruir para siempre»*. A quien ha experimentado el Amor, esta convicción le cura interiormente.

Es más, el *«amor vivido en la fe destruye el egoísmo y hace brotar la alegría en la persona que se entrega»*. Le lleva a vivir para amar, le lleva a vivir un amor que dura hasta la muerte y más allá de la muerte. Ya no cesa. Es promesa de vida eterna.

¡Algo de esto es acoger en nosotros el Espíritu Santo de Dios! ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

8 de junio de 2014